

Carta Pastoral

Duplicado

7

253, 1

CARTA PASTORAL
AL REGRESAR DE ROMA.

L. Gaur

21 ENER. 93

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
- GRANADA -

Sala	C
Estante	41
Número	4 (7)

CARTA PASTORAL

QUE

EL EXCMO. É ILMO. SR. DOCTOR

D. Bienvenido Monzon y Martin,

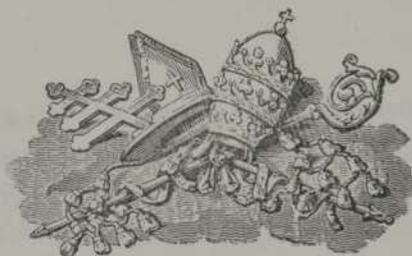
ARZOBISPO DE GRANADA,

DIRIGE

AL CLERO Y PUEBLO DE SU ARCHIDIÓCESIS,

A SU REGRESO

DE LA CIUDAD DE ROMA.



GRANADA:—1867.

Imprenta de Don Gerónimo Alonso,
librero de la Real Casa.



NOS EL DOCTOR D. BIENVENIDO

MONZON Y MARTIN, POR LA GRACIA DE DIOS
Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA ARZOBISPO DE GRANADA,
PRELADO ASISTENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO, SENADOR
DEL REINO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA INSIGNE Y REAL
ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, ACADÉMICO DE
NÚMERO DE LA CATÓLICA DE ROMA, PREDICADOR DE S. M.
Y DE SU CONSEJO, Etc. Etc.

Al venerable Dean y Cabildo de nuestra
Santa Iglesia Metropolitana, á nuestro res-
petable Clero, á nuestras amadas hijas las
Religiosas, y á todos los fieles de la Ciudad
y Arzobispado de Granada, salud, paz y ben-
dicion

en Ntro. Señor Jesucristo.

GRACIAS infinitas sean dadas á nuestro adorable Re-
demptor Cristo Jesus y á su Santísima Madre y Madre
muy querida nuestra, la Inmaculada y siempre Virgen
María, por la especial proteccion que Nos han dispensa-
do en todo el tiempo que hemos estado ausentes de vos-
otros, A. H. N., y porque Nos han permitido regresar
felizmente á nuestra muy amada Iglesia, despues de ha-
ber visitado la capital del orbe católico y empleado ál-
gun tiempo en mirar por nuestra salud espiritual y cor-

poral. Porque á la mayor parte de vosotros son bien notorios los quebrantos que experimentamos en nuestra salud en los primeros meses de este año, los cuales Nos impidieron ejercer en dias muy solemnes las augustas funciones de nuestro sagrado ministerio, retardaron y aun llegaron á poner en contingencia nuestro proyectado viaje á la Ciudad eterna, y aun despues de emprendido con el debido consejo y no sin graves incomodidades y molestias, Nos hicieron concebir serios temores de que no pudiésemos continuar nuestro camino. Mas el Señor, movido sin duda por las fervientes súplicas de nuestro Cabildo y nuestro Clero, de nuestras amadas hijas las Religiosas y de todo nuestro pueblo, Nos fué proporcionando alivios y consuelos en la tierra y en los mares, fortaleció nuestra salud cuando humanamente menos podíamos esperarlo, y hoy nos hallamos en medio de vosotros, A. H. N., sino del todo restablecidos, á lo menos notablemente mejorados y en disposicion de ocuparnos como siempre en procurar la salud de vuestras almas y en el régimen y gobierno de esta nuestra Iglesia. De nuevo tributamos al Señor humildes y rendidas acciones de gracias, y las damos tambien reconocidos á todos vosotros por lo mucho que Nos habeis ayudado con vuestras oraciones públicas y privadas.

— Pero al saludaros hoy, A. H. N., con la misma ternura y paternal afecto con que Nos despedimos de vosotros en nuestra breve Carta Pastoral de 12 de Mayo último, no podemos menos de deciros para vuestra satisfaccion y mútuo consuelo, que los votos y deseos que os manifestábamos en ella y los santos fines que Nos propusimos en nuestro viaje á Roma, se han realizado y cumplido con circunstancias las mas lisonjeras y con ventajas las mas imponderables. Recordareis sin duda

que os decíamos en nuestra citada Carta Pastoral que, habiendo sido invitados en nombre de Su Santidad á tomar parte en la solemnísimá fiesta del décimo octavo aniversario secular del glorioso martirio de San Pedro y San Pablo y de la canonización de veintiun Mártires, dos Confesores y dos Vírgenes, estábamos resueltos á responder á este tierno y honroso llamamiento que se Nos hacia en nombre y por mandato del Supremo Gerarca de la Iglesia, y deseábamos ardientemente personarnos en Roma, lo primero, por complacer y consolar á nuestro Santísimo Padre que queria y ansiaba verse rodeado del Episcopado católico en tan augustas solemnidades, no tanto para su personal satisfacción y consuelo, cuanto para otros nobilísimos fines de la mas alta importancia religiosa y social, que creemos se han logrado por completo, á pesar de los grandes esfuerzos que han hecho para impedirlos la heregía, la revolución y la impiedad, llenas de rabia y de furor, y unidas siempre en nefando consorcio para combatir y derribar, si pudieran, la Sagrada Cátedra de Pedro.

Deseábamos, en segundo lugar, ir á Roma para poder cumplir personalmente y por primera vez en el tiempo de nuestro pontificado el deber que Nos imponen los Sagrados Cánones, y que aceptamos solemnemente en el día de nuestra consagración de hacer la visita *ad sacra Apostolorum limina* en los tiempos prescritos por la Santidad de Sixto V, de feliz memoria, en su Bula que principia, *Romanus Pontifex*: visita que hemos realizado y cumplido en las dos célebres y suntuosas Basílicas Vaticana y Ostiense, orando humildemente por Nos y por todo nuestro amado Clero y pueblo del Arzobispado de Granada sobre los venerandos sepulcros de los Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo; y esto no lo hemos hecho una sola vez, sino que



lo hemos verificado varias veces, y siempre con mayor afecto hácia vosotros y con nueva consolacion de nuestra alma ; porque os confesamos en verdad , A. H. N., que al doblar nuestras rodillas ante las magnificas Confesiones de los Santos Apóstoles , siempre rodeados de Obispos, Sacerdotes y fieles de todo el mundo, y al entrar en aquellas misteriosas criptas donde reposan sus sagrados restos, experimentábamos tan nuevas y tiernas emociones, y respirábamos un ambiente tan puro y celestial, que avivaba nuestra fé, fortalecia nuestra esperanza, enfervorizaba nuestra caridad , elevaba nuestra mente, purificaba nuestros afectos y deseos, confortaba nuestra debilidad é infundia en nuestro corazon nuevos alientos para pelear con denuedo las batallas de Dios, asistidos siempre con su gracia, sin la cual nada podemos; de modo, que conocíamos allí experimentalmente lo que dijo Teodoreto de los sepuleros de San Pedro y San Pablo , á saber , que *iluminan las almas é inflaman los corazones de los fieles*, y con cuánta propiedad y verdad ha dicho en su última Alocucion de 26 de Junio nuestro Santísimo Padre Pio IX, *que nunca ha dudado, que en el mismo sepulcro donde descansan las cenizas del Apóstol San Pedro para la veneracion sempiterna de todo el orbe , hay cierta virtud secreta y fuerza saludable , que comunica á los Pastores de la grey del Señor fuertes resoluciones y conatos, espíritus levantados y sentimientos magnánimos y generosos, con que restauradas sus fuerzas, puedan quebrantar mejor la audacia impudente de los enemigos de la Religion y de la Iglesia.*

Deseábamos, en tercer lugar, ir á Roma, con el fin de ver y examinar de cerca la Ciudad afortunada escogida entre todas las del Orbe por nuestro adorable y divino Redentor Jesus, para constituir en ella el Sacro Princi-

pado de su Religión santísima y el centro unitivo y directivo de su universal Iglesia, y, gracias á Dios, hemos logrado satisfacer cumplidamente nuestro justo deseo. Hemos estado por primera vez en Roma; hemos visto la nueva Jerusalem del Evangelio; hemos venerado la Sagrada Cátedra de Pedro; hemos visitado la Santa Iglesia Romana Madre y Maestra de todas las Iglesias, como la llaman los Padres y Concilios; hemos visto y admirado en Roma, no solo la muchedumbre y suntuosidad de sus templos y famosas Basílicas con sus imponderables bellezas artísticas cristianas, antiguas y modernas, sino que tambien hemos visto y admirado aquellos soberbios monumentos y preciosas ruinas y riquísimos tesoros arqueológicos, que de la Roma pagana se conservan con exquisito esmero y diligencia. Todo hemos procurado verlo y examinarlo de cerca, cuanto Nos han permitido nuestra delicada salud y el poco tiempo de que hemos podido disponer para un estudio tan vasto: y os confesamos en verdad, A. H. N., que tanto los sagrados objetos y suntuosísimos monumentos de la Roma cristiana, como los soberbios restos de la Roma pagana, han contribuido eficazísimamente á aumentar y corroborar nuestra fé, y nos han excitado á bendecir al Señor una y mil veces por habernos iluminado con la luz del Evangelio, y por habernos hecho nàcer en el centro de su Religión y de su Iglesia Católica.

Y en efecto, A. H. N., mucho nos han edificado y admirado las suntuosas Basílicas y bellísimos templos de que está llena y como esmaltada la ciudad de Roma, y en los cuales compiten á porfía los tiernos y sagrados objetos de la Religión y la piedad, con los prodigiosos encantos é inimitables bellezas del arte, elevado á su mayor altura y perfeccion; mucho, muchísimo Nos han edificado y fortalecido nuestra fé los sepulcros de los

Santos Apóstoles y los innumerables cuerpos y sagradas reliquias de Mártires, Pontífices, Confesores y Vírgenes que con santa avidéz hemos visitado y venerado; mucho, muchísimo Nos admiraron y llenaron de tierna devoción las célebres Catacumbas de San Sebastian, San Calixto y Santa Inés en lo poco que pudimos recorrer de sus inmensos subterráneos y de los de la antigua Iglesia de San Clemente Papa y Mártir recientemente descubiertos, no solo por los millares de millares de mártires que allí reposaron y reposan todavía en el Señor, sino tambien por las sagradas Imágenes del Divino Salvador, de la Santísima Virgen María, de los Angeles y Santos que se conservan todavía pintadas desde los primeros siglos de la Iglesia en los arcos, bóvedas, techos y paredes de sus capillas y criptas con otras místicas figuras, emblemas y símbolos de los Santos Sacramentos y de las principales verdades de nuestra Religion y nuestro culto, representadas del mismo modo que las creemos y practicamos en el día; mucho, muchísimo, en fin, Nos ha edificado y admirado la Roma cristiana, la Roma de San Pedro, la Roma de los Mártires, la Roma de los Papas y de los Santos; pero tambien Nos han edificado y admirado grandemente los preciosos restos y vetustas ruinas de la Roma pagana, de la Roma dominadora y señora del antiguo mundo, de la Roma de los Escipiones, Brutos y Casios, de la Roma de los Senadores, de los Cónsules y de los Césares conservadas, cuanto es posible, por la solícitud y esmero de los Papas y de otros grandes dignatarios de la Iglesia; y Nos han edificado y admirado estos preciosos restos y vetustas ruinas, no por lo que eran y representaban en tiempo del gentilismo, sino porque á la vez que sirven hoy y servirán mientras duren de elocuente epitafio y de pesada losa sepulcral al mayor de los im-

perios que cayó y murió para no levantarse ni resucitar jamás, sirven tambien de magnífico pedestal á los monumentos y bellezas cristianas, y son y serán siempre una prueba gráfica de la divinidad de nuestra Sta. Fé, y de la perpetuidad de nuestra Religion y nuestra Iglesia.

Sí, A. H. N. ; al ver á nuestra Religion augusta sentada sobre los siete montes de la antigua Roma , y teniendo por escabel de sus piés á sus palacios, templos, foros , circos , arcos triunfales, anfiteatros, termas, estatuas , columnas y obeliscos ; al ver enarbolado el estandarte de la Santa Cruz y erigidas magnificas iglesias sobre la cima del antiguo Capitolio, y sobre los hondos cimientos y colosales ruinas del palacio de los Césares, y sobre las voluptuosas termas de Caracalla y Diocleciano, y sobre los templos y monumentos mas famosos del politeismo ; al contemplar desde las últimas galerías del soberbio Coliseo un devoto *Via-Crucis* sobre aquella arena empapada en la sangre de millares de Mártires degollados ó devorados allí mismo por las fieras; al ver las estatuas del Príncipe de los Apóstoles y del Doctor de las gentes coronando las soberbias columnas Trajana y Antonina; al ver convertido el famoso Pantheon de Agripa en iglesia de Sta. María de los Mártires, y en devotos oratorios las cárceles Mamertinas, y en efigie de S. Pedro la estatua de bronce de Júpiter Capitolino, y en castillo de los Papas la enorme mole del mausoleo de Adriano; al ver en fin trasladada al Vaticano toda la antigua gloria, poder, esplendor y concurrencia del monte palatino, y que sobre la silla imperial de los Césares hundida allí lo mismo que en Bizancio, se ha levantado la Silla y Cátedra de Pedro, que en la persona de sus Sucesores está dominando desde ella por mas de diez y ocho siglos, de mar á mar, y hasta los últimos confines de la tierra; al ver y contemplar todo

esto, y mucho mas que omitimos por no molestaros demasiado, no pudimos menos de exclamar muchas veces lleno el corazon de santo júbilo y con lágrimas de amor y de ternura: «Hé aquí el triunfo admirable de la Santa Cruz sobre todas las potestades de la tierra; hé aquí derribadas á los piés de Jesucristo toda la falsa ciencia, toda la voluptuosidad y toda la soberbia paganas; hé aquí la insigne victoria de su Religion y de su Iglesia sobre todo el mundo antiguo que le sirve hoy de pedestal, y se ve sometido para siempre á su direccion y enseñanza; hé aquí la Cátedra de Pedro humilde pescador de Betsaida, encumbrada sobre la silla de los Césares y sobre los tronos imperiales de los Asirios, de los Persas y de los Griegos á quienes ha vencido y dominado en Roma, que era la vencedora y dominadora de todos: *digitus Dei est hic*: el dedo del poder de Dios está aquí; esto no puede ser obra del poder humano; la fé que obra tales y tan portentosas trasformaciones no puede menos de ser divina; la Religion y la Iglesia que así triunfan de todos los poderes del mundo, no pueden menos de haber sido fundadas y establecidas por Dios, que es el único que puede obrar tales maravillas: *A Domino factum est istud; et est mirabile in oculis nostris*: la Cátedra sagrada que, aun siendo ruda y constantemente combatida por todo linaje de enemigos, persevera inmóvil donde la colocó S. Pedro, dominando siempre por espacio de tantos siglos, y viendo á su alrededor mudarse los reinos, y cambiarse las dinastías, y hundirse para siempre los tronos que se creian mas bien asegurados, no puede menos de tener un apoyo y cimiento divinos, y por lo tanto no prevalecerán jamás contra ella las puertas del infierno: *et portæ inferi non prævalebunt adversus eam.*»

Pero os dijimos tambien, A. H. N., en nuestra citada Carta pastoral de 12 de Mayo, que deseábamos ir á Roma, para ver y escuchar al mismo Pedro en la persona de su legítimo sucesor y universal heredero, Pio IX, para estimular y avivar nuestro amortiguado celo, y para aprender lo mucho que nos falta, no menos de sus admirables lecciones que de sus heróicos ejemplos. Y hemos visto y oido en efecto, A. H. N., al Romano Pontífice, al Vicario de Jesucristo en la tierra y al Confirmador de la fé de los cristianos, como le llamaba S. Gerónimo: hemos visto y oido al Padre de los padres y al Príncipe de los Obispos, como le llamaba el Concilio de Calcedonia; hemos visto y oido al Pastor de los pastores, al Pontífice llamado á la plenitud del poder, al Llaverero de la Casa de Dios, al Heredero universal de los Apóstoles, Abrahán por el patriarcado, Melquisedech por el orden, Moisés por la autoridad, Samuél por la jurisdiccion, Pedro por el poder y Cristo por la uncion, como le llamaba S. Bernardo: hemos visto y oido en fin á Pio IX, á esa colosal y brillantísima figura del siglo XIX, que reúne en su sagrada persona todos estos títulos y muchos mas que se leen á cada paso en los Concilios y en los Padres de la Iglesia; y tanto por Nos, como en nombre de nuestro Cabildo, de nuestro Clero y pueblo en general, y de las corporaciones y personas que en particular Nos lo habian encargado, hemos besado humildemente los sagrados piés de ese inmortal Pontífice, evangelizador constante de la verdad, del amor y de la paz, sostenedor intrépido de la causa de Dios y de su Iglesia, acérrimo vindicador de toda justicia y de todo legítimo derecho, y heróico defensor de la verdadera libertad, de la verdadera civilizacion y del verdadero progreso de los pueblos...



Por grande dicha tuvimos ciertamente, y Nos alegró sobremanera el que en el mismo dia 14 de Junio en que llegamos á Roma , al salir por primera vez de nuestra religiosa morada para visitar antes que á nadie á Jesus Sacramentado, á Santa María la Mayor y al sepulcro del Apóstol S. Pedro , Nos encontrásemos en la calle al Santo Padre, y fuésemos el primero de los Prelados españoles recién llegados que recibió su apostólica bendicion. Cuatro dias despues tuvimos el alto honor de ser recibidos en cuerpo por Su Santidad todos los Obispos españoles con nuestros familiares respectivos y un grandísimo número de Sacerdotes y seglares de todas las Diócesis y provincias de nuestra nacion, que se agregaron á nosotros; y no es posible que os expliquemos con palabras, A. H. N. , la honda y gratísima impresion que causó en nuestro ánimo la augusta presencia de nuestro venerable Pontífice con aquellas blancas vestiduras que siempre le cubren, y sirven de bellissimo adorno á su continente grave y majestuoso; con aquel rostro angelical y candoroso que infunde veneracion y respeto hasta á sus mismos enemigos; con aquellos labios nunca contraidos por el frio cálculo, por la ambicion, por la ira ni el despecho, sino dilatados suavemente á todas horas con la graciosa expresion de una sonrisa pura y celestial, que gana y arrebató el corazon de cuantos le visitan; con aquellos ojos rasgados, vivos y penetrantes, que con su mirada dulce y expresiva revelan á la vez toda la perspicacia de su claro entendimiento y toda la bondad y ternura de su corazon amante y paternal; con aquella frente augusta nunca arrugada ni turbada con el ceño de la tristeza, ni con la siniestra y dolorosa huella de las malas ni violentas pasiones, sino siempre tranquila, siempre serena, siempre majestuosa y noblemente coronada con

la triple diadema de la ancianidad, de la virtud y de la dignidad mayor que hay en la tierra.... Y todavía Nos pareció mas bella y mas interesante su figura, cuando oimos sus primeras palabras las mas expresivas y honoríficas para nuestra Iglesia y Monarquía española; pues nos dijo en nuestro patrio idioma y con acento tierno y conmovido, «que experimentaba una grandísima satisfaccion y contento en hallarse rodeado de sus queridos españoles; que se congratulaba con nosotros de nuestro buen viaje y feliz llegada á Roma y de lo mucho que á ello habian contribuido S. M. y su Gobierno; que amaba entrañablemente á la nacion española, no solo por los cuantiosos socorros y finas muestras de amor y de respeto que recibia continuamente de todos sus hijos, sino muy principalmente por su firme adhesion á la Santa Sede y por su ferviente celo en conservar pura y sin mancilla la Religion Católica, Apostólica, Romana en medio de tantas tempestades y deshechas borrascas; y por fin, que todos los dias sin faltar uno solo, dirigia al Cielo una oracion especial por nuestras Iglesias, por nuestros Católicos Monarcas, y por la salud y prosperidad de nuestra amada España.»

Pero si esta primera entrevista Nos dejó plenamente satisfechos en calidad de Prelado español amante como el que mas de nuestra patria, no podia satisfacernos del mismo modo como Arzobispo y Prelado particular de Granada, pues necesitábamos desahogar nuestro corazon con el Padre comun de los fieles, exponerle nuestras necesidades de Obispo, manifestarle el estado de nuestra Diócesis, y ofrecerle los respetuosos homenajes y humildes ofrendas, tanto de nuestro Clero como de nuestro pueblo; así es que no descansamos un momento hasta obtener una audiencia pri-



vada con el Santo Padre, en la cual se abrió y dilató nuestro corazón con las palabras de luz y de consuelo que á torrentes brotaban de sus labios.

Nos habló primeramente el Santo Padre de la antigua Iglesia y famoso Concilio de Elvira, de la memorable y gloriosa conquista de Granada por los Reyes Católicos y de sus antigüedades arabescas de que ya tenía regular conocimiento. Nos hizo despues, como á los demas Prelados, minuciosas preguntas sobre la fábrica, culto y residencia de nuestra Iglesia Metropolitana y de las demás de la Diócesis; sobre la instruccion, vida y costumbres de nuestro Clero catedral y parroquial; sobre el espíritu y observancia que reinaban en nuestras comunidades religiosas; sobre el estado de nuestro Seminario, y sobre el adelantamiento en virtud y letras de los jóvenes que se educan en él para el sacerdocio, hácia los cuales manifestó y manifiesta siempre el mas vivo interés; y por fin, nos pidió cuenta detallada de las costumbres generales del pueblo y del estado de instruccion en que se halla con respecto á la Doctrina cristiana; haciéndonos especiales encargos sobre la predicacion del Santo Evangelio y explicacion del catecismo en las parroquias, y sobre la vigilancia de las escuelas de instruccion primaria, y de toda clase de establecimientos de enseñanza. A todo procuramos contestar cumplidamente, y á manera de un padre que mira en todas partes cuanto puede por el honor y buen nombre de sus hijos, y sobre todo recibimos convenientes instrucciones y saludables consejos, que escuchamos con reverente atencion, como salidos del Vicario de Jesucristo en la tierra. Por fin le hicimos presentes, como era nuestro deber y conforme á los encargos particulares que se Nos habian hecho, los sentimientos de adhesion, de fidelidad, de respeto y de amor que ani-

maban á nuestro Cabildo Metropolitano, á nuestro Clero colegial, parroquial y benefical, y á todo el de nuestro Arzobispado, á nuestras amadas hijas las Religiosas, y en general á todo el pueblo de la Diócesis de Granada hácia la Santa Sede y hácia el inmortal Pontífice que hoy la ocupa dignísimamente; y le presentamos á la vez con nuestra humilde ofrenda particular la respetable suma de las ofrendas y donativos así de nuestro Clero como de nuestro pueblo, que recibió el Santo Padre con visibles muestras de agradecimiento; asomándose las lágrimas á sus ojos, cuando le hicimos presente la escasez y penuria en que se hallaba nuestra Diócesis; que algunas de nuestras comunidades religiosas se habian privado de una de sus diarias refecciones por ofrecerle siquiera su pequeño importe, y que algunos pobres braceros habian partido su jornal y dimidiado el pan cotidiano de sus hijos para tener un óbolo que presentar á su querido y Santísimo Padre....., quien puso término á esta escena interesante, encargándonos hiciésemos saber á todo el mundo la tierna gratitud y cariñosos afectos que sentia su corazon hácia el Clero y pueblo del Arzobispado de Granada, que llevásemos bendiciones y recuerdos especiales para todas las Autoridades y para todas las Corporaciones, familias y personas que Nos las hubiesen pedido y mandado sus limosnas, y que bendijésemos por fin solemnemente á todo el pueblo con indulgencia plenaria en el dia que eligiésemos al efecto, como una prenda de su amor hácia la Iglesia y Arzobispado de Granada.

No es justo que pongamos término á la presente Carta pastoral, A. H. N., sin deciros algo siquiera de las nuevas y grandes emociones que experimentó nuestra alma, por tantos y tan variados objetos excitada y piadosamente conmovida, en los dos Consistorios de 26

de Junio y 1.º de Julio á que pudimos asistir , y en la gran fiesta del aniversario secular de S. Pedro y de la canonizacion de los Santos que se celebró en el dia 29 de Junio en la gran Basilica del Vaticano con una concurrencia, solemnidad y pompa inusitadas. En el Consistorio de 26 de Junio, en que fué decorado con todas las insignias cardenalicias nuestro dignísimo Arzobispo de Sevilla, resonó la poderosa voz de nuestro augusto y venerable Pontífice , dirigiendo palabras de salud y vida eterna á toda la Iglesia docente, digna y copiosamente representada en mas de quinientos Obispos que las estaban escuchando en humilde y respetuoso silencio: y en el Consistorio de 1.º de Julio, resonó tambien la voz del Episcopado católico que contestaba á la Alocucion de Su Santidad por medio de un elocuente y respetuoso mensaje que puso en sus sagradas manos. Y tanto la Alocucion del Santo Padre, como el Mensaje del Episcopado , son documentos insignes que debeis leer y meditar, A. H. N., porque en ambos se proclaman verdades y se condenan errores de la mas alta importancia religiosa, política y social ; en ambos documentos se presentan como de relieve la omnímoda unidad de la Iglesia católica y la estrecha union y perfectísima armonía que existe entre el Romano Pontífice y los Obispos, entre la Cabeza y los miembros; en ambos documentos vereis á la Iglesia docente ejerciendo el supremo magisterio que ha recibido del mismo Dios para enseñar á todos los pueblos y naciones de la tierra, no solo las verdades dogmáticas y morales de nuestra Santa Religion, sino tambien las verdades fundamentales de toda humana sociedad.....; *Utinam saperent, et intelligerent, ac novissima sua providerent !* ; Ojalá que los pueblos quieran saber y entender estas verdades y prevenir con ellas la suerte que les aguarda ! ; Ojalá

que las naciones y los príncipes y gobiernos que las rigen, quieran aprovecharse oportunamente de las enseñanzas y avisos que les da la Iglesia para remediar los males que actualmente las aquejan, y evitar otros mayores que las amenazan!.... Pero ¡ah! que mientras los verdaderos católicos y todos los hombres de recto juicio y buena voluntad conocen y aplauden todo esto, y reciben con santa avidéz las doctrinas y enseñanzas de la Iglesia, hay desgraciadamente algunos que las rechazan y desprecian, porque en su loca vanidad y necio orgullo se creen tan superiores en saber á toda la Iglesia docente, que se tendrían por rebajados y humillados en admitir lecciones y consejos de Sacerdotes, de Obispos ni de Papas, cuyo tiempo, dicen, ha pasado, porque el catolicismo á quien sirven es ya cosa vieja, gastada y cuasi muerta, sin esperanza de rehabilitación y sin porvenir ninguno para la vida de la humanidad.... A estos solo les contestaremos hoy con las siguientes palabras de nuestro Santo Padre en su citada Allocucion de 26 de Junio: «De esta union y concordia del «Episcopado con la Santa Sede deberán inferir y entender los impugnadores de la Religion, cuánta fuerza «y cuánta vida entraña esa Iglesia católica que no cesan de atacar con enconados ánimos; aprenderán con «cuán torpe y necio cálculo la ridiculizan y denuncian «como exhausta de fuerzas, y de vida y mision terminadas; y aprenderán en fin, cuán erradamente se gozan «de sus triunfos y confian en sus consejos y maquinaciones; considerando bien que no puede destruirse una «tan grande union de fuerzas que el espíritu y divina «virtud de Jesucristo ha reunido y combinado sobre la «piedra de la Confesion Apostólica....»

¿Y qué os diremos, A. H. N., de la fiesta del día 29 de Junio, en que se celebró, como os hemos dicho, el

décimo octavo aniversario secular del martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y la canonización de veinticinco Santos?... Os diremos que fué una de las solemnidades mayores que habíamos visto, y que esperamos ver en este mundo, y uno de los actos mas sublimes y magníficos de nuestra Santa Religión, y mas expresivos á la vez de la unidad y fuerza vital de la Iglesia católica. A todos nos pareció que se reprodujo en aquel dia la primera Pascua de Pentecostés del cristianismo, y que nos hallábamos trasportados á la ciudad de Jerusalem en el momento mismo en que los Apóstoles salian del cenáculo llenos del Espíritu Santo, anunciando las grandezas de Dios y de su divino Hijo Jesucristo, y en el que S. Pedro, Príncipe de los Apóstoles y Cabeza visible de la nueva Iglesia, dirigia la palabra á una inmensa muchedumbre de gentes que allí se habian reunido de todos los pueblos y naciones de la tierra, como dice S. Lucas, *ex omni natione, quæ sub cælo est*. Porque no pudiendo contener las anchurosas naves del Vaticano la muchedumbre de gentes que se agolpaba en él desde el romper del dia, se deramaba como un mar ondeante de cabezas, primero por sus espaciosos átrios y magníficas escalinatas, y despues por las plazas, calles, puentes y avenidas que conducen á la suntuosa Basílica; y cuando el inmortal Pio IX, conducido en su sede gestatoria y acompañado de quinientos diez y nueve Prelados, que con sus mitras y variados ornamentos pontificales formaban á su alrededor una esplendente corona, se dejó ver de aquella inmensa muchedumbre, *ex omni natione, quæ sub cælo est*, compuesta de forasteros y peregrinos de todas las naciones de Europa, de muchísimas del Asia, de las septentrionales del Africa, de las vastísimas regiones de la América, y hasta de las islas y remotas

playas de la Oceanía y Australia , no hubo cabeza que no se descubriese, ni rodilla que no se doblase, ni lengua que no aclamase y bendijese en su respectivo idioma al Sucesor de S. Pedro, resultando de aquí una súbita y extraña explosion de vítores y aclamaciones, que resonó por todos los ángulos de Roma, parecida al fragoroso estruendo de muchas aguas agitadas, segun bella expresion del profeta de Patmos, *sicut vocem aquarum multarum...* Pocos momentos despues penetró esta brillante y sagrada comitiva hasta lo mas interior de la Basilica Vaticana, que estaba adornada de alto á bajo de hermosas guirnaldas de flores, de riquísimas colgaduras y de preciosos cuadros alusivos á la gran solemnidad que iba á celebrarse , y profusamente iluminada con mas de sesenta mil luces simétricamente distribuidas por sus pilastras, cornisas y galerías , y artificiosamente colocadas en multitud de arañas y candelabros de vistosas y elegantes formas; y cuando el Santo Padre colocado sobre su sagrada cátedra y trono pontificio pronunció con voz majestuosa y penetrante el solemne decreto de canonizacion de los veinticinco Santos mencionados, se oyeron de repente y á la vez, fuera del templo el ruido armonioso de multitud de trompetas y clarines, el alegre sonido de todas las campanas de Roma y el fragoroso estruendo de los cañones de Sant-Angelo, y dentro del sagrado recinto las acordadas voces de los quinientos diez y nueve Prelados que rodeaban el solio pontificio , de mas de veinte mil Sacerdotes , y de millares y millares de fieles de todas las partes de la tierra, que entre sollozos y lágrimas de devocion y de ternura cantaban el *Te Deum laudamus...* entonado por el Santo Padre... ¡ Oh, A. H. N. , y qué llena de vida, de esplendor y de pujanza apareció entonces nuestra Santa Madre la Iglesia Católica,

presidida por su Cabeza visible, adornada con todos los grados de su divina jerarquía, y ordenada y compacta á manera de un lucidísimo escuadron puesto en orden de batalla, segun expresion de los libros santos! ¡ Oh qué momentos aquellos, mejor para sentirse que para describirse, en que se conmovieron profundamente los corazones no solo de los buenos y fervorosos católicos, sino hasta de los incrédulos, herejes y cismáticos, á quienes la curiosidad habia conducido al lugar santo!.. Nos pareció entonces, A. H. N., que se habian juntado y estrechado en amoroso abrazo y ósculo de paz los moradores del cielo con los habitantes de la tierra, y que la soberbia cúpula que sobre el sepulcro de S. Pedro levantó en los aires el genio superior de Miguel Angel, era como el conducto misterioso por donde se estaban comunicando la Iglesia militante con la Iglesia triunfante; y se Nos figuró además que ésta, reconocida á la grandísima gloria accidental que le proporcionaba la militante por el órgano de su Cabeza visible, por el inmortal Pio IX, le dirigia desde las alturas para su satisfaccion y consuelo aquellas palabras evangélicas que entonaron en armoniosos coros las voces maestras de mas de cuatrocientos cantores: »Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y á Tí daré las llaves del reino de los cielos; y las cosas que Tú atares sobre la tierra, atadas serán en el cielo; y las cosas que Tú desatares sobre la tierra, desatadas serán tambien allá en los cielos.»

Pero todavía queremos añadir unas palabras mas que creemos han de servir de grandísima satisfaccion y alegría á todo el Clero y pueblo de nuestra ciudad y Arzobispado de Granada. Las profundas y gratas impresiones que ha dejado en nuestro corazon y en nues-

tra alma la gran solemnidad del 29 de Junio que os hemos descrito á grandes rasgos, se renovaron con mas fuerza si cabe el Domingo 7 de Julio, cuando en la misma Basílica del Vaticano se celebró con grande pompa la solemne beatificacion de doscientos cinco Mártires de distintas naciones, que en los dilatados reinos del Japon derramaron su sangre en defensa de la fé de Jesucristo: y si en el dia de la canonizacion nos alegramos en el Señor, por contarse entre los nuevos Santos á un ilustre español y compatricio nuestro, al glorioso Mártir S. Pedro de Arbués, honra de nuestra nacion y de nuestro Clero, en el dia de la beatificacion nos alegramos y regocijamos sobremanera, porque entre los doscientos cinco beatificados se contaban muchos españoles de diversas provincias, y porque entre estos Mártires españoles ocupa un lugar muy distinguido, y figura entre los de primera línea un famoso granadino, el beato P. Baltasar de Torres, cuya ilustre familia todavía se conserva entre nosotros. Nació de padres nobles en Granada en el año de 1563; entró en la ínclita Compañía de Jesus á los diez y seis años; y deseoso de trabajar por la gloria de Dios y por dilatar el reino de Jesucristo, hizo vivísimas instancias á los Superiores, para que le mandasen á las misiones del Japon, á donde le mandaron en efecto en el año de 1600. Enseñó primero Artes y Teología en el colegio de Macao, recorrió despues misionando con celo y fruto de apóstol cuasi todas las provincias del Japon, y á los 63 años de su edad fué preso por los infieles en casa de los Mártires Juan Tanaca y Catalina su mujer, y quemado á fuego lento en Nangasaqui con su provincial el P. Francisco Pacheco y otros siete religiosos de la Compañía á 20 de Junio de 1626. Creemos con razon, A. H. N., que estas breves noticias biográficas que he-

mos podido adquirir de vuestro ilustre compatriocio el Beato P. Baltasar de Torres, os llenarán de tanta satisfaccion y alegría, como á Nos causó su beatificacion, y Nos causan siempre las glorias de Granada y de su arzobispado.

Aunque todavía teníamos mucho que deciros de las cosas de Roma, concluimos la presente Carta, excitándoos en el Señor una y mil veces, A. H. N., á que perseveréis como hasta aquí en los sentimientos de adhesion, de fidelidad, de obediencia, de amor y de respeto á la Santa Sede y á los Romanos Pontífices, que tanto os distinguen y enaltecen, y que á los que intentaren alguna vez separaros de ellos, les resistais fuertemente, bien radicados y fundados en la doctrina católica, la cual nos enseña, que donde está Pedro allí está la Iglesia: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia*, como decia S. Ambrosio; que no hay ni puede haber otra ni mas verdadera Iglesia que la fundada por nuestro Señor Jesucristo sobre la fé y la autoridad de S. Pedro, y la que reconoce por su Cabeza y su Jefe al Romano Pontífice, legítimo sucesor y universal heredero de S. Pedro; que nadie puede ser católico, ni pertenecer á la verdadera Iglesia de Jesucristo, sin estar unido á la Cátedra de Pedro y al Pontífice que legítimamente la ocupare; y que por lo tanto, en el momento en que alguna Iglesia ó alguna nacion se separen de este centro de unidad, y de la comunión y obediencia á la Santa Sede y al Romano Pontífice en las cosas de su jurisdiccion y competencia, se hacen cismáticas; en el momento en que alguna persona fiel de cualquiera clase, dignidad y condicion que sea, niega la autoridad suprema del Romano Pontífice sobre toda la Iglesia, ó rehusa pertinazmente someterse á ella, deja de ser católica... También os excitamos, A. H. N., á que continúeis como

hasta aquí orando fervorosamente por nuestro atribulado Pontífice Pio IX, y socorriendo cuanto podais las necesidades siempre crecientes de su Persona y de la Santa Sede, al tenor de las circulares, prevenciones y encargos que sobre este particular os hemos hecho así de palabra, como por escrito. Y finalmente excitamos cuanto podemos á nuestro Clero y pueblo, y á Nos mismo, que lo necesitamos mas que todos, á estudiar é imitar con la gracia divina las heróicas virtudes de los Santos, últimamente canonizados y beatificados por la Iglesia; pues tenemos mucho que estudiar é imitar cada uno en los de nuestros estados respectivos; Nos en el glorioso Mártir S. Josafát, Arzobispo de Polosck; nuestro Cabildo y Clero metropolitano y colegial del Sacro-Monte, en el ínclito Mártir S. Pedro de Arbués, Canónigo reglar de la Santa iglesia Metropolitana de Zaragoza; nuestro Clero parroquial y benefical, en dos gloriosos Mártires de los diez y nueve de Gorkum, que fueron por muchos años dignísimos Párrocos; todo el Clero secular y regular de nuestra Diócesis, en dichos Santos Mártires gorcomienses, en S. Pablo de la Cruz, en S. Leonardo de Porto-Mauricio y en muchos de los Beatos del Japon, pertenecientes á varias clases y órdenes de ambos Cleros; nuestras amadas hijas las Religiosas, en Santa María de las cinco llagas, vírgen profesa de la órden de S. Pedro de Alcántara; nuestros interesantes y amadísimos jóvenes, en varios de los Mártires japoneses que fueron de poca edad, y algunos de tres, cuatro y cinco años; nuestras jóvenes doncellas, en Santa Germana Cousin, Vírgen seglar de la diócesis de Tolosa; todos los casados, viudos y padres de familia tienen mucho que estudiar y que imitar, en varios de los beatificados del Japon, que pertenecian á sus mismos estados; y todos los fieles del Arzobispado

de Granada pueden mirarse y reformarse en el clarísimo espejo de su ilustre condiocesano y compatriota el Beato Mártir Baltasar de Torres, natural de esta ciudad... ¡ Haga el Señor que imitemos todos á sus Santos en la tierra, y que algun dia reinemos con ellos en los cielos! Así lo desea ardientemente, y así lo pide al Señor todos los dias vuestro afectísimo Prelado, que á todos os ama de corazon, y os bendice en el nombre del Padre ☩ y del Hijo ☩ y del Espíritu Santo ☩. Amén.

Dada en nuestro palacio arzobispal de Granada, en el dia de la Natividad de la Santísima Virgen Maria, 8 de Setiembre de 1867.

Bienvenido, *Arzobispo de Granada.*



Por mandado de S. E. I. el Arzobispo, mi Sr.,

Dr. Manuel Guardia,
Pbro. Srio.

Para que esta Carta Pastoral llegue mejor á conocimiento de todos, mandamos que se inserte en el Boletín eclesiástico, y que en el primer día festivo, que ocurra después de su recibo, se lea al ofertorio de la Misa mayor en nuestra Sta. Iglesia Metropolitana, y en todas las colegiales, parroquiales y de Religiosas de nuestro Arzobispado.

